



BLASCO IBÁÑEZ en el Palace Hotel, acompañado del señor Francés
y de «El caballero audaz»

o un ciclo de novelas históricas, en las que se exalta la historia española, y resulta curioso que su autor sea el mismo rebelde indisciplinado y subversivo de la primera época. *El Papa del mar*, *En busca del Gran Khan*, *A los pies de Venus* y *El caballero de la Virgen*. Dos años antes de su muerte, en una gran encuesta realizada en Norteamérica, Blasco Ibáñez ocupó el segundo lugar entre todos los novelistas del mundo. Sus viajes, sus reportajes, sus cuentos y novelas sobre la Costa Azul y el mundo elegante de su época, y su famosa *Vuelta al mundo de un novelista*, cerrarían el ciclo vital de este asombroso fenómeno literario, que se extinguía en 1928, en su chalet de Fontana Rosa.

Blasco ha sido acusado de oportunista, de mercader de la literatura, de fenicio de la novela. Los exquisitos y los simples estudiosos han estimado que el novelista prescindió de muchas cosas para lograr el éxito, entre ellas de una fundamental: el idioma. Otros le han acusado de mal gusto, de desmesura, de demagogia, y, en general, pese a lo que se diga, la estimación de Blasco en los ambientes literarios no es muy destacada. Sin embargo, una cosa resulta evidente. La obra de Blasco se leyó en su tiempo, se sigue leyendo en la actualidad —aunque en ritmo decreciente— y apunta a una meta que muy frecuentemente suele ser desechada por los escritores: el público.

Bien es verdad que escribir en función del público tiene un riesgo difícilmente soslayable. Halagar la facilidad, esquematizar los problemas, optar por lo sencillo y efectista. Blasco cayó de pies y manos en todos estos peligros, ya que no lo eran para su concepción de la literatura. Esto debe quedar claro. Blasco concebía su obra como un arma y un testimonio, y subordinó el aspecto artístico al impacto colectivo. Dueño de un instrumento expresivo de eficacia notable, un estilo intenso, colorista, apto para las más efectistas descripciones, el escritor usó a su capricho de este instrumento, halagó al público, pero fue tremendamente sincero. Esto era para él la literatura, y no engañó a nadie.

«Acepto la conocida definición de que la novela es la realidad vista a través de un temperamento. También creo, como Stendhal, que una novela es un espejo paseado a lo largo de un camino. Pero claro está, que el temperamento modifica la realidad..., el novelista reproduce la realidad a su modo, conforme a su temperamento». Estas palabras pertenecen a la célebre carta que Blasco dirigió a Cejador, y que constituye una especie de credo estético: «Para mí, lo importante en un novelista es su temperamento, su personalidad, su modo especial y propio de ver la vida. Esto es verdaderamente el estilo en un novelista, aunque escriba con desaliño».

Blasco es un producto híbrido, epigono del naturalismo, adorador del romanticismo, y que floreció en plena etapa modernista, cuando caducaban las formas tradicionales de hacer novela. Proust murió en 1922, el año de la aparición del *Ulises* de Joyce. De todos éstos acontecimientos, Blasco, hombre de letras y editor, apenas tuvo conocimiento, ni se preocupó de analizarlos, como tampoco el hombre político había conectado con los fenómenos públicos más importantes de su época.

Blasco no quería prólogos, ni estéticas, ni críticas, rechazaba cualquier clase de encasillados, no creía en escuelas ni clasificaciones. Todo ello sonaba a estudio, a ratón de biblioteca, a erudición estéril. Y para justificar su labor como artista hace uso de la magia, de lo irracional, y habla de la inspiración, de los mecanismos internos y psicológicos del escritor. En el fondo, era un romántico que utilizaba las técnicas del naturalismo. «Me enorgullezco de ser un escritor lo menos literato posible. Soy un hombre que *vive* y, además, cuando le queda tiempo para ello, escribe por una necesidad imperiosa de su cerebro».

VICIOS Y VIRTUDES DE UNA ESTÉTICA

«No creo en las novelas que se hacen con la razón, con la inteligencia. La razón y la inteligencia intervienen en la obra artística como directores y ordenadores. Tal vez ni siquiera dirigen ni ordenan, manteniéndose al margen del trabajo como simples consejeros. El constructor verdadero y único es el instinto, el subconsciente, las fuerzas misteriosas e invisibles que el vulgo rotula con el título de *inspiración*. Un artista verdadero hace las cosas porque sí, porque no puede hacerlas de otra manera». Y, en otra ocasión, Blasco añadió: «La razón, la inteligencia y la lectura pueden formar grandes escritores, inimitables escritores, dignos de admiración. Pero no serán nunca, con tales elementos, novelistas, dramaturgos o poetas: Para esto es preciso que intervenga lo subconsciente como factor principal; la adivinación misteriosa, el presentimiento, los elementos afectivos, que son, las más de las veces, diametralmente opuestos a los elementos intelectuales».

Una última cita, de la estética a Cejador, culmina el panorama del credo artístico blasquista: «Para escribir novelas hay que haber nacido novelista. Y nacer novelista es llevar dentro el *instinto* que hace adivinar el alma de las cosas, asir el detalle saliente que evoca la imagen justa, poseer la fuerza de sugestión necesaria para que el lector tome como realidad lo que es obra pura de la fantasía. El que no posea este poder, por grande que sea su talento y su ilustración,

escribirá un libro interesante, correcto y hasta hermoso al pretender escribir una novela; pero no escribirá nunca una novela».

Como es lógico, con esta formulación, Blasco evitaba todos los ataques «y a sus obras se remitía». Pero hay que hacer constar que todo ello era muy coherente, perfectamente comprensible, y en manera alguna ilícito o deshonesto. La función de escribir cumplía en él una clara misión de encantamiento y predicación, que obtuvo indiscutibles frutos. Lo que sucede es que este credo estético es en profundidad tremendamente incompleto. Y, tomándolo como base de actuación, el escritor falseó los propios principios de eficacia sociológica que propugnaba. En efecto, Blasco, intentando ser un escritor testigo, no consiguió ser, más que en contadas ocasiones, un escritor realista.

Las novelas de Blasco, bien detalladas, interesantes y populares, no son realistas. Son esquemas morales y políticos adecuados a un escenario y con unos personajes extraídos de lo real, pero que no tienen nada que ver con ello. En su primera época, donde el escritor elabora sus obras más conseguidas, la realidad aparece a su pesar. Blasco conoce su región, la ha vivido sin necesidad de análisis, y sabe presentarla de la mejor manera posible y con una sugestión formal evidente. De ahí que los logros estéticos de *La barraca* y *Arroz y tartana* no fueran superados por el resto de su obra. A partir de su exilio, forzoso primero y voluntario después, de sus escenarios vitales, la realidad de las novelas de Blasco son esquemas fotográficos, postales turísticas inmejorablemente elaboradas. Todavía en *La catedral* y en fragmentos de otras obras de su mismo grupo, la intención argumental del escritor se apoya en datos reales, aunque los argumentos políticos fueren a los personajes, los claven como mariposas en la mesa del entomólogo, de tal modo que la tragedia de Gabriel Luna no es más que un tópico revolucionario, puesto en pie con poca vida real.

Un escritor que intenta ser realista. Que es dueño de una prosa sugestiva y poderosa, y cuyos esquemas y concepción del mundo son progresivos y potentes. Y sin embargo, este mismo escritor construye obras falseadas. ¿Cuál es la explicación de este fracaso?

Solamente hay una. La ética está condicionada por la estética, de tal manera que si el fin no justifica los medios, estos mismos medios sí condicionan el fin que persiguen. Quien emplea medios inadecuados, verá modificados peligrosamente sus objetivos finales. Y Blasco prescindió de la propia arma que le había sido otorgada. Su trayectoria artística es la inversa que siguió otro gran contemporáneo suyo, Ramón del Valle-Inclán. Mientras éste último, mediante una ascēsis

expresiva evidente, un abrumador cuidado de su arte, fue modificando sus posiciones intelectuales hasta lograr la unidad perfecta de su testimonio y su instrumento literario, Blasco, progresivo—con las limitaciones expuestas al principio de este trabajo—y fabulosamente dotado, se lanzó por el camino de la facilidad, de la sencillez simplificadora, y su testimonio sufrió un evidente proceso de falseamiento. La interrelación de estética y ética es un principio ineludible. Y el trucaje de alguno de los dos elementos lleva a la perversión del resultado.

No hay que olvidar que pese a la filiación naturalista del escritor valenciano, discípulo de Zola, su modelo admirado fue Víctor Hugo. El mismo proceso simplificador que padeció su actividad política, perjudicó notablemente su obra literaria. Pero este balance pudiera parecer negativo; tampoco lo es. Blasco subrayó un principio evidente de la literatura, frecuentemente olvidado por los artistas y estudiosos de gabinete. Que la literatura no puede existir sin lectores. Que se escribe en función del público. Y que la novela debe cumplir una función masiva. Blasco dio solamente en la mitad del objetivo; pero su lección popular es evidente. Se acercó siempre a los grandes temas del momento, no eludió ninguno de los puntos críticos de la hora que le había tocado vivir. Este sentido de lo popular, y este acercamiento a los problemas del presente, ha colocado a Blasco Ibáñez en un lugar privilegiado en la historia de la literatura. Porque, con sus vicios y sus virtudes, con sus contradicciones y su inmenso poder de sugestión, Vicente Blasco Ibáñez fue un considerable novelista y un testigo—grueso, a brochazos inigualables—de su historia, de su patria y del mundo. No todos podrían decir lo mismo. No cabe ante este novelista apasionado la condena a ultranza o la alabanza indiscriminada. Este centenario es buen momento para la recapitulación, de la que estas notas apresuradas sólo intentan ser una guía somera. Blasco fue un considerable escritor, un novelista que contó con lo más difícil de conseguir. Pero su testimonio permanece incompleto. De ahí que la criba sea necesaria, urgente e ineludible. Probablemente la edición de sus numerosos escritos hoy inencontrables podrían aclarar muchas cosas. Y esta afirmación puede ser al tiempo una petición, en un buen momento para hacerla. No hay ídolo Blasco, ni diablo Blasco, sino simplemente un hombre de su tiempo, escritor dotado como pocos, y una obra sugestiva, interesante y parcial, como suelen ser las obras de los hombres.

RAFAEL CONTE
Avenida Donostiarra, 16
MADRID-17